

vas adhesiones, que han ido creciendo cada año. Sin embargo, el partido no ha llegado aún a recuperar todo lo perdido. En la actualidad, las cifras oficiales del PCI dicen que hay 1.683.750 militantes—.

A la muerte de Togliatti le sucedió en la Secretaría General del partido Luigi Longo. A él correspondió definir una vez más la diferencia del PCI con respecto al «modelo soviético» y a los comunismos dogmáticos: siendo secretario general sucedió la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, y el PCI expresó «su profundo desacuerdo y su reprobación» por la actitud de la URSS, de la que después iba a distanciarse más aún cuando, en junio de 1969, durante la conferencia mundial de partidos comunistas de Moscú, la representación italiana se negó a condenar las fórmulas chinas del comunismo; estando lejos de Mao y de su pensamiento, los italianos mantenían la independencia de cada partido a elegir la vía que le pareciese conveniente.

Luigi Longo fue sucedido en la Secretaría General del partido por Enrico Berlinguer. Desde esa elección —12 de marzo de 1972—, Berlinguer se esfuerza en proseguir la línea general de todos los secretarios del partido, que no han sido más que cuatro en los cincuenta y cuatro años que tiene el partido (Gramsci, Togliatti, Longo, Berlinguer). Enrico Berlinguer (como puede verse en el trabajo de J. Borja) defiende ahora la noción del «compromiso histórico», forma enfática de considerar una alianza de todos los partidos políticos (con la exclusión de los fascistas, antiguos y «neos»): el partido no pide siquiera un puesto ministerial o una alianza parlamentaria, sino una «base nacional» de política democrática general. «Pretendemos —dice Berlinguer— una gran operación política nueva, fundada sobre el consenso y la colaboración de las masas populares de todas las tendencias». Dice también que se trata de «una nueva fase de desarrollo democrático que permitiese salir progresivamente del sistema capitalista para introducir en los sectores de la sociedad algunos elementos de socialismo».

Una doble crítica en el país contra la línea general de PCI: la derecha, que, como queda dicho, no acepta la sinceridad de estas ofertas (y que además está fuertemente influida por los Estados Unidos desde la posguerra), y una izquierda que cree que el partido ha perdido sus bases comunistas. Con esta izquierda, el partido ha sido siempre severo: En noviembre de 1969 separó del partido al grupo Manifiesto, que buscaba soluciones más radicales y más a la izquierda, y que ha reprochado luego al partido ser partidario del pluralismo para con la derecha, pero reprimirlo inmediatamente cuando ha tratado de manifestarse, desde la izquierda, dentro del mismo partido. ■

BERLINGUER: UN TRIUNFADOR

A Si lo llama uno de los semanarios italianos de más difusión: «Panorama». El vencedor de las últimas elecciones, el hombre con el que se debe negociar. Secretario general del Partido Comunista Italiano, más de once millones de votos, un tercio del electorado a su favor, el primer partido en todas las grandes ciudades italianas después de las elecciones del 15 de junio.

El personaje es significativo. Gian Carlo Pajetta, uno de los líderes más populares del PCI, dice

Jordi Borja

de él que cuando era joven pidió el ingreso... directamente a la dirección. Hoy, a los cincuenta y tres años, tiene una experiencia de treinta años de dirigente comunista.

Enrico Berlinguer es el dirigente de partido italiano más aristocrático (procede de la nobleza sarda), y también el que tiene menos dinero (vive modestamente con la mitad de su sueldo de diputado). Está casado con una católica practicante y sus hijos reciben formación religiosa. Su aceptación del valor progresivo que podía jugar el catolicismo en Italia es muy anterior a las formulaciones recientes del «compromiso histórico» con la Democracia Cristiana. En 1947 ya causó cierta sensación cuando, siendo secretario general de la Federación Juvenil Comunista, puso como ejemplo para las jóvenes italianas a Irma Bandiera (joven resistente asesinada por los alemanes) y... Maria Goretti, recién beatificada por Pio XII.

Hasta 1973, Berlinguer fue un dirigente de escaso relieve público.



Los comunistas saludan con el puño cerrado; pero se dice en Italia que son los únicos que pueden abrirlo sin que caigan monedas. En el despacho de Berlinguer cuelga un retrato del gran teórico del partido, Gramsci.

Sus actividades más espectaculares siempre tuvieron como oponente a la Unión Soviética. En 1957, responsable de la formación de cuadros, ya decidió suprimir los cursos en la URSS. En las reuniones internacionales de partidos comunistas de los años sesenta, sus enfrentamientos con los soviéticos fueron resonantes, incluso públicamente (con M. Suslov, el teórico oficial). En 1969, como vicesecretario general del PCI y jefe de la delegación

italiana, se negó a firmar el comunicado final de la Conferencia Internacional del Partido Comunista (sólo aceptó el punto sobre «la solidaridad con los pueblos que luchan contra el imperialismo»). Pocos días antes había declarado que «el socialismo de que hablan los soviéticos no corresponde y en muchos aspectos contradice el tipo de sociedad socialista por el que luchamos». Pero, en general, fue durante muchos años un hombre de actos discretos y pocas palabras. Pajetta le llamaban el «sardo muto».

En 1972 es elegido secretario general. En 1973, después del golpe de Chile, lanza su audaz propuesta del «compromiso histórico», y desde entonces, todas las fuerzas políticas italianas se definen únicamente en torno a la «cuestión comunista». En 1974 derrota ampliamente a la DC en el referéndum del divorcio, batalla que hubiera querido evitar, pero (una vez que la obstinada política de Fanfani de división del país la hizo inevitable) que supo vencer. Ahora, en 1975, es el gran triunfador de las elecciones. En la conferencia de prensa ante televisión aparece como el dirigente político más responsable, al frente de un partido de más de dos millones de militantes, eficaz, no mezclado en la corrupción generalizada de la política italiana, que propone ante todo y sobre todo una Administración honesta y eficiente. ▶



Luigi Longo y Palmiro Togliatti.



Los aumentos más considerables de votos los ha obtenido el PCI en las zonas industriales del triángulo Norte (Milán, Turín, Génova). Berlinguer atribuye esta tendencia a los votos jóvenes y al desplazamiento de votos de trabajadores católicos y de mujeres de la DC al PCI.

abierta a todas las fuerzas democráticas.

Con las manos limpias

Los comunistas saludan con el puño cerrado, pero se dice en Italia que con los únicos que pueden abrirlo sin que calgan monedas. La corrupción es hoy el vicio nacional. Vicio que ha provocado un profundo descontento en el pueblo italiano, a medida que sus consecuencias, agravadas por la crisis económica, se han hecho sentir. La Administración no funciona, y cualquier gestión burocrática lleva consigo el sobre para el funcionario. Cada día pueden encontrarse en la prensa ejemplos escandalosos. F. Forte, vicepresidente del ENI (una Campsa italiana, pero mucho más poderosa), denuncia que bajo la gestión demócrata-cristiana, el ENI ha corrompido políticos y periodistas, ha realizado exportaciones de capitales clandestinas, ha creado sucursales secretas e ilegales y ha controlado las comunicaciones telefónicas de funcionarios y empleados.

Pero las consecuencias han afectado cada día más a las condiciones de vida de la población. Los ser-

vicios públicos son cada día más caros, y la reducción de las tarifas es, según algunas encuestas, la primera reivindicación popular (hay que señalar que en ciertos sectores ya se ha puesto en práctica por propia iniciativa: En Nápoles, por ejemplo, un tercio de las familias hace la «autoriduzione»). El problema, de la vivienda, la escuela, la sanidad y los transportes públicos se han convertido en problemas acuciantes para millones de italianos, ante una Administración que ha convertido el Estado en botín de grupos particulares y enfrentados. En una encuesta entre los trabajadores de FIAT sobre las cuestiones principales de las que pensaban debía ocuparse el PCI, en el 80 por 100 de los casos aparecían la vivienda y los servicios sociales en primer lugar.

La Democracia Cristiana es el partido de la corrupción. «Gratta, gratta e, immancabile, salta fuori la DC», afirma tranquilamente un magistrado. El «sottogoverno», el complejo y subterráneo mundo de relaciones de intereses entre el aparato político-administrativo DC, el enorme sector público o mixto y empresarios y promotores de todo tipo y tamaño, es hoy probablemente la principal lacra de la sociedad italiana. Los partidos, que en

los últimos quince años han establecido alianzas con la DC (liberales y socialdemócratas a su derecha, republicanos al lado, socialistas a la izquierda) ni han roto el monopolio de hecho de la DC, ni han atenuado la corrupción. Han obtenido algunas migajas y se han comprometido con el malgobierno.

El PCI ha hecho del «slogan» «le mani pulite» su principal argumento electoral. La Administración de mayoría comunista de las «regione rosse» del centro (Emilia, Toscana, Umbria) constituyen un ejemplo de rigor y eficacia. El PCI goza hoy —dice el influyente semanario «L'Espresso»— de una vasta credibilidad. «L'Espresso», típico exponente de la burguesía liberal y del «centro-sinistra», reconoce que mientras que las «propuestas que vienen del Gobierno no son tomadas en serio por nadie... las que hacen los dirigentes del PCI son escuchadas con atención y confianza».

¿Quién ha votado P. C. I.?

El desplazamiento de votos ha expresado esta confianza. La campaña del PCI a favor de la pequeña y mediana empresa le ha atraído votos tradicionalmente conservadores. Muchos pequeños y medianos propietarios han superado miedos ancestrales y han dado su voto a un partido que reconoce que «la empresa pública no es necesariamente mejor que la privada» (en algunos casos, las Administraciones locales o regionales comunistas han apoyado a empresas privadas contra empresas públicas) y entre cuyos votantes, según una encuesta reciente, sólo el 18 por 100 quieren «la socialización completa de los medios de producción», mientras que un 45 por 100 piensan que la intervención del Estado en la economía es «suficiente o excesiva». Importantes sectores católicos, entre las clases medias y populares (incluida la clase obrera), que votaban DC, se han pasado directamente al PCI como único opositor real a un sistema de gestión ampliamente repudiado. En pocos meses, los Cristianos por el Socialismo (que han llamado a «votar por la izquierda») han alcanzado una influencia considerable.

Por último hay que señalar el importante aflujo de votos que ha llegado al PCI de los sectores profesionales e intelectuales. El PCI ha sabido aparecer como la única fuerza política que representa una alternativa coherente y la única que defiende un proyecto de sociedad democrática más progresiva, social y culturalmente. Al contrario de la clase dirigente, de la que Amendola dice: «Hoy, la clase dirigente demócrata-cristiana es de una incultura general. Es gente que no lee, que no se informa, que no sabe... Desprecian a los que leen, a los que escriben, a los que piensan... Con esta gente no tenemos nada en común. Nos separa un abismo

de ignorancia». Si este juicio es cierto, y Amendola no es precisamente un radical, no puede extrañar que el novelista de moda —humanista más que socialista— Paolo Volponi, haya llamado a votar comunista (luego ha debido dimitir de su cargo de director de la Fundación Agnelli [FIAT]), como también llamaron a votar PCI 45 periodistas de la «Stampa» y la «Stampa Sera» (los periódicos de la FIAT) y listas interminables de intelectuales y artistas conocidos (Moravia, Giudici, De Mauro, Gian Maria Volonté, etcétera).

Se les ha acusado de oportunismo. La respuesta de Alberto Moravia ha sido seca: «Durante treinta años, la Democracia Cristiana ha tenido todo el poder, lo ha podido ofrecer todo, y no tiene a nadie». Como estrellas del festival con el que se carró la campaña electoral, la DC tuvo que recurrir a Franco Zeffirelli como «intelectual» y Al Bano como «artista». Giovanni Giudici ha dicho que ha sido un «voto de esperanza». Tullio de Mauro lo ha justificado explicando que «el PCI es el único partido que se ha preocupado de entender lo que no funcionaba en la sociedad italiana». El sociólogo católico Alberoni reconoce que, hoy, el PCI es «la única institución susceptible de volver a dar sentido tanto a la vida cotidiana como al futuro». Alfredo Riechlin, director de Rinascita, lo dice con otras palabras: «Nosotros no podemos prometer puestos, pero sí un nuevo papel en la sociedad».

Pero el PCI continúa siendo sobre todo un partido obrero. El 40 por ciento de sus militantes son obreros industriales. El 75 por 100 de los trabajadores de FIAT votan comunista. Los aumentos más considerables de votos los ha obtenido en las zonas industriales del triángulo Norte (Milán, Turín, Génova). Berlinguer lo atribuía a los votos jóvenes y al importante desplazamiento de votos de trabajadores católicos y de mujeres de la DC al PCI. Como dice Amendola, es esta base social obrera sustancia principal de fuerza material y moral del Partido Comunista Italiano.

¿Qué se puede hacer con once millones de votos?

La actualidad italiana después de las elecciones recuerda aquella famosa batalla entre ingleses y franceses: «Tirez les premières, MM les anglais». «Tirez les premières, MM les français». La Democracia Cristiana y, en general, el conjunto de sectores conservadores y reformistas están pendientes del PCI. Por su parte, «L'Unità», el periódico comunista, se limita a constatar día a día la impotencia y falta de coherencia de las mayorías que hasta hoy se han sucedido en el Gobierno. Los mismos nombres desde hace veinte años, nombres que hoy ya no pueden estar juntos, ni quieren estar solos.

BERLINGUER: UN TRIUNFADOR

Se dice que al PCI le ha asustado su victoria, y que ahora le quita importancia. Pensamos, al contrario, que la ha aguilatado muy bien y quiere utilizarla con inteligencia. En primer lugar, se trata de unas elecciones administrativas (regionales, provinciales y municipales), en las que la población ha votado por un cambio de la gestión social a este nivel. El PCI propone allí donde sea posible juntas «de izquierda» (de izquierda), abiertas a la colaboración posterior con otras fuerzas democráticas, incluida la Democracia Cristiana. Allí donde no se formen juntas de izquierda y las fuerzas estén equilibradas, el PCI propone juntas amplias sobre la base de un programa de acción inmediata. El Partido Socialista, en general, está de acuerdo con esta posición, y probablemente en las próximas semanas se constituirán en Italia juntas de izquierda en varias regiones y provincias y en muchas de las mayores ciudades italianas (por ejemplo, el alcalde de Turín ya es el comunista Diego Novelli).

En segundo lugar, el PCI sabe que si bien el voto del 15 de junio representa una derrota política nacional de la DC, no es realista plantear la alternativa de un Gobierno «de izquierda». No sólo es imposible matemáticamente (el conjunto de la izquierda es minoritaria en el Parlamento), sino que ir hacia unas elecciones anticipadas con dos bloques enfrentados (suponiendo que el Partido Socialista estuviese de acuerdo) sería dividir al país, que es precisamente lo que se trata de evitar. La inteligencia de la política del compromiso histórico es el haber comprendido que la vía democrática hacia el socialismo exige mayorías muy superiores al 51 por ciento.

Pero tampoco se trata de ampliar la experiencia de las Administraciones locales de izquierda y nada más.

La crisis política y económica que se vive hoy en Italia exige respuestas mucho más ambiciosas. Con sus once millones de votos, el PCI parece proponerse estos objetivos: Una nueva forma de gobernar, una respuesta progresiva a la crisis económica, el avance de la política de compromiso histórico.

Una nueva forma de gobernar

Hay un amplio «consensus» en toda Italia sobre cuál es el problema más inmediato: Hay que cambiar la gestión pública, se necesita descentralización y participación democrática, hay que sustituir a una clase política corrompida e ineficaz, hay que sanear las finanzas y la Administración Pública. De este «consensus» participan no solamente las fuerzas y votantes de izquierda, sino también muchos sectores de la burguesía industrial, que asisten impotentes al colapso al que conduce el sistema burocrático parasitario actual.

La intervención concreta del PCI después de las elecciones, sin pretender cambiarlo todo, puede abrir un verdadero proceso de reforma del Estado.

a) Una Administración Local con un nuevo personal, basado en unas fuerzas políticas que se hayan comprometido a un conjunto de actuaciones concretas, tanto en cuanto a cambios institucionales como problemas socio-económicos. Por ejemplo, comisiones de barrio con poderes de control, reestructuración (eliminación de la corrupción) de los servicios municipales en crisis (transportes públicos), plan de urgencia de viviendas, escuelas y sanidad, apoyo a la pequeña y mediana empresa a través de Cajas de Ahorros, etcétera.

b) La instrucción popular, tanto para dar vida a nuevas estructuras de participación como para presionar para conseguir reformas que la Administración Local no puede realizar. Por ejemplo, los presidentes de las Cajas de Ahorros son nombrados por el ministro del Tesoro, y ahora 72 sobre 80 son demócrata-cristianos. Esto representa no sólo un obstáculo para una política regional o local progresiva, sino incluso un peligro de ahogo para las finanzas locales. Las luchas sociales en pleno auge sobre la vivienda o los servicios son el principal estímulo para una política activa en este sentido.

La respuesta a la crisis socio-económica

El paro, la crisis de la pequeña y mediana empresa, la insuficiencia del sector público y mixto, la grave insuficiencia de los equipamientos sociales y los desequilibrios territoriales, etcétera, exigen respuestas inmediatas. Los remedios del Estado han sido hasta ahora peores que las enfermedades. En vez de ensanchar la base productiva del país, se subvenciona el paro como única y precaria política. Las grandes empresas privadas desplazan a las pequeñas y medianas de los créditos y encargos públicos. Los aparatos económicos del Estado funcionan como feudos cerrados de la DC (no están sometidos ni tan sólo al control del Parlamento, sino sólo a la tutela del ministro). Una fiscalidad regresiva y una burocracia tan numerosa como ineficaz son causas de una agravación constante de los déficits sociales.

Frente a todo esto, el PCI propone una política realista basada en tres criterios: a) Estimular la producción con medidas de crédito y programas públicos. b) Ampliar la base productiva del país, tanto a nivel sectorial como territorial, y poner en primer plano la realización de infraestructuras y equipamientos públicos. c) Sanear económicamente el Estado a través de una reforma fiscal, el control parlamentario y sobre todo la descen-

tralización administrativa, abriendo cauces a la participación popular y a la reestructuración de la burocracia pública (por lo demás, excesiva: hay un empleado público por empleado productivo).

Para esta política, el PCI cuenta con dos bazas importantes: la posibilidad de establecer un diálogo constructivo con los sindicatos y la relativa confianza que ha conquistado en amplios sectores patronales, que ven en él un contrapeso necesario a la DC y un instrumento de renovación y eficiencia. «Con los comunistas se puede», ha sido una frase repetida en diversas entrevistas por empresarios importantes, respondiendo a cómo verían la participación comunista en la política local y regional. Pero la cuestión de fondo se dirime a nivel político general.

¿Hacia el «compromiso histórico»?

La derrota sufrida por la DC, convertida ahora en chivo (merecido) expiatorio de todas las fuerzas sociales, tanto de los que han sufrido su poder como de los que se han beneficiado hasta ahora de él, parece quitar viabilidad a un compromiso histórico con la Democracia Cristiana, que aparece desvestida de sus ropajes populares y se asemeja mucho más a un partido conservador con escaso futuro. Han sido numerosas las voces que se han alzado para decir que el éxito del PCI era al mismo tiempo prueba del error de base de su política: ganando las elecciones hacia prácticamente imposible el «compromiso histórico».

Resulta paradójico este razonamiento, que tiene además como consecuencia suponer que los once millones de italianos no sabían demasiado bien qué ni a quién votaban. Pero sobre todo no ayuda a entender cómo puede evolucionar la política italiana.

El «compromiso histórico» no es ni un acuerdo con la actual DC, ni una tentativa de desgajar un «ala izquierda» para hacer una nueva mayoría. No es una fórmula, sino un proceso. No se trata de llegar a un acuerdo definitivo con la actual DC, sino de abrir una dinámica progresiva que transforme también a la Democracia Cristiana.

Oponer a la DC con lo que representa y, sobre todo, con la capacidad de atracción conservadora que recuperaría si se abriera un proceso radical, un bloque a duras penas mayoritario (llámese comunista-socialista, laico o de izquierda, con incorporación de algunos sectores cristianos) significaría la acentuación de la crisis, la congelación de un progreso social real y abrir la puerta a las peores aventuras de la derecha. Al contrario, empezar un programa articulado de reforma y movilizaciones sociales a nivel local y regional, al mismo tiempo que se plantea a nivel nacional no la entrada en el Gobierno (que no la pide el PCI), sino el

acuerdo sobre un programa mínimo de carácter progresivo, es precisamente desarrollar una dinámica de cambios que debilitan a la actual Democracia Cristiana más de prisa, que no agudizarían los conflictos. Porque a través de este proceso se conquistarían mayorías sobre la base de ampliar tanto la participación democrática como la producción socio-económica.

Conclusión

Fanfani ha echado la culpa de la derrota demócrata-cristiana en las elecciones a la Iglesia, que no ha llamado a votar abiertamente a la DC; a la prensa, que ha denigrado sistemáticamente su gestión; a muchos sectores empresariales, que le han manifestado su desconfianza. Curiosa situación para un partido católico, que dispone de todos los resortes del poder central y que ha sido por espacio de treinta años instrumento político de todos los intereses capitalistas italianos.

Berlinguer y los dirigentes del Partido Comunista Italiano no solamente han recogido importantes apoyos entre los cristianos, sino que han multiplicado contactos con los obispos. Y han comprobado cómo el anticomunismo de éstos era tan primario, que no resistía a los argumentos más razonables. Por ejemplo, el obispo patriarca de Venecia decía a Serri, dirigente del Partido Comunista Italiano, que no podía aceptar el «endoctrinamiento marxista y ateo» que el PCI daba a los niños. El comentario de Serri más tarde fue: «Si al menos tal endoctrinamiento lo tuvieran los responsables provinciales».

Los comunistas han puesto el acento en la objetividad de la prensa y se han hecho los principales defensores de la libertad de expresión. En consonancia con ello, han sido mucho mejor tratados que la Democracia Cristiana. Pajetta, cuando en un mitin en Turín tuvo un «lapsus» curioso y dijo que querían una «regione russa» («rusa»), en vez de «regione rossa» («roja»), no se alteró lo más mínimo, sino que añadió sonriendo: «Ya sé que este "lapsus" no se utilizará ahora por la prensa, como hubiera ocurrido hace unos años». La victoria comunista, a pesar de las visiones catastróficas difundidas, no ha provocado (excepto la baja de la Bolsa) particulares efectos económicos (exportación masiva de divisas, liquidación de empresas, actos de sabotaje económico, etcétera). Por ahora, en los sectores empresariales se respira bastante serenidad, aunque no habría que extrañarse de reacciones de los intereses más parasitarios.

Italia ha empezado probablemente en 1975 un nuevo período político y cerrado el abierto en 1945. Durante treinta años, la DC ha gobernado sola y cada vez peor. El Partido Comunista Italiano ha comprendido que esto no podía seguir así y que no se podía gobernar solo. Veremos qué es lo que aprende la DC después de su derrota. ■ J. B.